El Mecánico

Rodrigo Herrera Estrella

Capítulo 1

EL MECÁNICO

"Afirmaciones extraordinarias requieren siempre de evidencia extraordinaria"

Carl Sagan

Hay grandes descubrimientos que son realizados por personas inesperadas, y a veces bajo las circunstancias más inverosímiles.

Una vieja leyenda cuenta que un berebere caminaba con sus camellos por el desierto, hasta que uno de ellos tropezó con una roca puntiaguda. Resultó ser la cima de la Gran Pirámide de Giza. Otra historia, un poco más creíble, cuenta que un granjero olvidó una jarra con cebada en el campo. Durante los días que el frasco estuvo a la intemperie cayó un gran aguacero, después de la tormenta salió el sol y fermentó el líquido acumulado. Así nació la cerveza.

Nos da la idea de que en esa época, si uno levantaba una piedra al azar, se toparía con uno de esos misterios que el universo tanto se esmeraba en ocultar, pero ahora pareciera que ya no hay tierras desconocidas o misterios todavía velados, y quizás por ese motivo José Ariaga, un camionero de treinta años, nunca se imaginó con lo que se iba a encontrar.

Hace una hora que había salido de Taltal y llevaba un cargamento de ácido sulfúrico para una compañía minera. El sol crepuscular teñía de dorado las piedras desperdigadas en el desierto y el cielo ya se había transformado en un manto purpura, donde las primeras estrellas se asomaban con timidez. Era su hora favorita del día.

Tenía puestos unos lentes de sol estilo aviador, de marcos dorados y cristales polarizados que le había regalado un oficial de la fuerza aérea, después de que lo ayudara a reparar su camioneta en panne en medio del desierto. Los usaba todo el tiempo, incluso durante la noche y en el bar, pero en ese momento se los quitó para ver mejor la sinfonía de colores

que el sol pintaba frente a él. Los puso sobre su cabeza, y recién entonces se dio cuenta de un reflejo metálico que brillaba sobre el asfalto, unos kilómetros más adelante.

"Un colega en apuros", se dijo pisando el acelerador. Los otros camioneros lo conocían como "El Mecánico", por tener la habilidad de reparar cualquier vehículo, y siempre que se encontraba con alguien varado en el camino no dudaba en ayudar. Pero esa vez, cuando estuvo lo suficientemente cerca para ver la máquina que tenía frente a él, quiso dar media vuelta y arrancar. Pero no pudo. Giró el manubrio y su camión siguió en línea recta, y cuando apretó los frenos de la máquina esta aceleró. Se acercaba a un ritmo vertiginoso a un disco metálico tan grande que bloqueaba toda la carretera. Gritó, cerró los ojos y se cubrió el rostro con las manos. Pero nada sucedió.

Gritó hasta que se le acabó el aire en los pulmones, y recién entonces juntó valor para mirar lo que tenía al frente. Detrás del parabrisas solo se veía una superficie metálica, plateada y con reflejos rosados. El motor del camión se había detenido, y cuando giró la llave de encendido solo se escuchó el carraspeo de la batería negándose a funcionar. Lo intentó varias veces hasta que la puerta del camión se abrió.

—Hola —escuchó dentro de su cabeza—. Necesito tu ayuda.

José Ariaga giró muy despacio, y a su lado, de pie junto al camión, vio a una persona delgada, de piel gris y con facciones que no le permitieron distinguir si ese ente era masculino o femenino. Usaba un traje blanco ceñido al cuerpo, sin costuras y que solo dejaba la cabeza al descubierto. No tenía un solo cabello sobre su piel.

José intentó hablar, pero de su boca solo salieron balbuceos.

—Tranquilo —escuchó dentro suyo, y la criatura describió un arco con la mano. José se calmó al instante—, no te haré daño, solo necesito que me ayudes con mi nave. ¡Ven conmigo!

El camionero bajó de un salto, avanzó unos pasos sobre las arenas del desierto, y cuando se volteó para mirar la estructura que bloqueaba la carretera se desmayó. El extraño le puso una mano con tres dedos sobre la frente y José recuperó la conciencia. Se puso de pie y acomodó sus gafas sobre la cabeza.

—¿Qué es eso? —dijo apuntando al platillo de metal— Y tú ¿Qué eres?

—Me llaman Irenk, y esa es mi nave —dijo sin mover los labios y sin emitir sonido alguno—. Sé que estás confundido. Puedo leer tus pensamientos igual que como te transmito los míos, así que responderé todas tus dudas apenas aparezcan en tu mente. Vengo de un sistema

estelar ubicado en esta misma galaxia, en una zona a la que tu especie llama “Brazo de Sagitario”. Me dirigía a un planeta en el “Brazo de Perseo”, y a medio camino me quedé sin combustible. Por eso llegué a este planeta que está a medio camino, para reabastecerme.

“Típica panne del tonto”, pensó José. El rostro de Irenk se deformó y su cuerpo se movió en espasmos que parecían convulsiones. El hombre se asustó.

—¡Tranquilo! No me pasa nada, solo que me cuesta reírme en este cuerpo. Nunca había usado esta apariencia. ¿Qué? ¿Acaso creíste que siempre me veo así? —se rio de nuevo— Luzco muy diferente, pero no te gustaría verme en esa forma.

—¡Más despacio! —gritó José— ¡Más despacio por favor! Tus pensamientos se me cruzan en la mente unos encima de otros. Déjame ver si entiendo. Tú eres un marciano, te mandaste la panne del tonto, y ahora quieres que te ayude a arreglar tu OVNI. ¿Cierto?

—¡Sí! Solo necesito… ¡No! ¡No pienses eso! No te dormiste, no estás muerto, ni tampoco estás loco —convulsionó (rio) más fuerte que antes— Los humanos son muy divertidos.

—Pero si tú fueras un marciano… Yo estaría cagándome de miedo.

—Es probable, pero mis ondas psíquicas anulan tus emociones negativas, y eso evita que se relajen tus esfínteres involuntariamente. En fin. ¿Tienes agua?

Cada vez que José manejaba por el desierto llevaba varias botellas y bidones con agua. “Por si las moscas, uno nunca sabe si las va a necesitar” decía siempre, y esta no fue la primera ni la última vez que las utilizó. Fue al camión, sacó dos bidones y se los ofreció a Irenk, pero la criatura tomó solo uno.

—Acompáñame por favor, no soy tan fuerte para llevar ambos. Y No —soltó una risita—, no es un truco para abducirte. ¡Vamos!

Antes de avanzar José se quedó un rato mirando la nave. Era un disco plateado enorme como un edificio de tres pisos, y cuando se acercó posó una mano sobre su superficie. Era muy suave, pero no se sentía fría como el metal. Se preguntó de que estaba hecha y cómo era posible que volara distancias tan grandes en tan poco tiempo.

—El fuselaje está fabricado con nanotubos de silicio —transmitió Irenk, tambaleándose con el bidón de agua sujeto por ambas manos—, y cada uno de esos nanotubos está conectado a una micro computadora cuántica, que calcula la atracción gravitatoria de cualquier cuerpo sobre la superficie

de la nave. Luego emite una onda gravitacional igual y opuesta que anula esa atracción. Así funciona la anti gravedad.

Cada idea que le transmitía el extraterrestre respondía a una pregunta, pero al mismo tiempo creaba dos más. En ese momento apareció una rendija sobre la superficie inmaculada de la nave, que se agrandó lo suficiente para transformarse en una compuerta por la que entró Irenk. José sujetó el bidón con fuerza, se acomodó los lentes de sol sobre la cabeza, y lo siguió.

—La gravedad es una fuerza que une al espacio y al tiempo en uno solo —continuó el extraterrestre—. Si creas un campo anti gravitatorio el tiempo no te afecta, el espacio se deforma, y con un pequeño impulso puedes cruzar toda la galaxia en un par de horas.

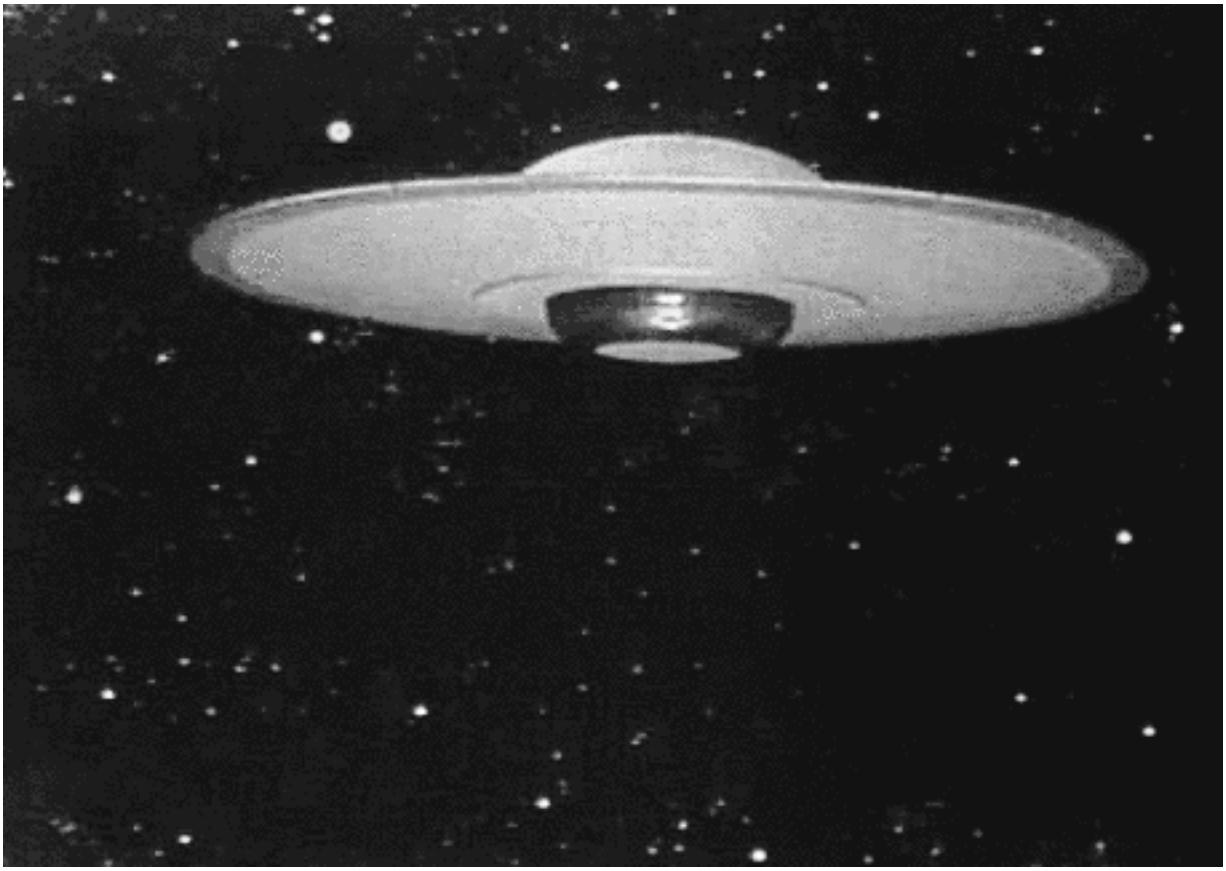
José recordó los videos de OVNIS que había visto en internet y en la televisión. Siempre cambiaban de trayectoria en ángulos increíbles y a una gran velocidad.

—Eso es posible porque ni la fricción del aire ni del éter interestelar penetran el campo alrededor de la nave —transmitió Irenk mientras vertía el agua directamente en el suelo de la nave, la que desaparecía sin formar ninguna poza ni escurrimiento—. Además el observador que está en la tierra, como es tu caso, está sometido a la gravedad de su planeta, y eso hace que el tiempo parezca más lento para él. Por eso cree que nos movemos tan rápido. ¡Vamos! ¡Ustedes ya descubrieron la relatividad! No es tan complicado —José lo miraba con la boca abierta, y sin darse cuenta comenzó a derramar el agua sobre el piso. El extraterrestre hizo un gesto de aprobación—. ¿Qué para qué sirve esto? El motor de la nave funciona descomponiendo el agua. Separa el hidrogeno del oxígeno, luego los quema y al expandirse los expulsa por los nanotubos de silicio del fuselaje. Eso más la anti gravedad es todo lo que se necesita, además el agua es un recurso abundante en toda la galaxia ¡Excepto en el desierto de atacama! ¡Claro está! Esto es todo, gracias por tu ayuda.

Cuando el bidón de José estuvo vacío, resbaló de sus manos y cayó al piso, pero Irenk se lo entregó de vuelta y lo condujo fuera de la nave. El extraterrestre le había transmitido todas esas ideas con imágenes, palabras y fórmulas matemáticas al mismo tiempo, y la sobrecarga de información dejó al hombre en un estado casi catatónico.

—Espero que tu especie domine el viaje interestelar algún día. ¡Ustedes son muy divertidos! Pero ese momento llegará cuando tenga que llegar. Deben descubrirlo por ustedes mismos, así que ahora tengo que borrar toda esta información de tu mente. Por favor —transmitió Irenk mostrándole el dedo medio de su mano derecha—, mira aquí.

El extraterrestre levanto su mano tan rápido que José se echó hacia atrás para eludir un posible golpe, y en ese movimiento las gafas que tenía sobre su cabeza cayeron cubriéndole los ojos. Se produjo un flash de luz, e Irenk se transformó en una madeja de tentáculos que levitó hasta meterse en la nave. Una vez adentro se preguntó si los parpados artificiales que cubrieron los ojos del humano afectarían su rayo desneuralizador. “Naah, solo los de algunos altos mandos militares de la Tierra pueden hacerlo” pensó accionando el propulsor de la nave.

Mientras tanto José miraba como el objeto volador se perdía en el cielo. “Su verdadera forma era asquerosa” pensó mientras volvía a ponerse los lentes sobre la cabeza. En su mente se arremolinaba toda la información que Irenk le había transmitido: fórmulas matemáticas, métodos para fabricar nanotubos de silicio y los componentes del motor de propulsión que funcionaba a base de agua.

“El Mecánico” le hizo honor a su apodo ayudando a ese peculiar viajero en apuros, pero renunció al llegar a la minera apenas entregó su carga. Los meses siguientes fue a universidades, a congresos de física, química y matemáticas para contar su experiencia y compartir sus conocimientos, pero no tenía ninguna prueba de lo sucedido, y nunca nadie le creyó.